

sus hijos, emires de Africa y de España, dió la orden de muerte contra todos ellos, recibéndola Abdelaziz de mano de su mas fiel amigo y compañero Habib-ben-Obeidad-el-Fheri. Reunidos á su muerte los principales jefes, fué elegido por sucesor suyo su primo Ayud-ben-Habib-el-Gahmi, guerrero experimentado y entendido administrador. Trasladó el nuevo emir su residencia á Córdoba, dividió la Península en cuatro grandes distritos nominados, Al-Guf (Norte); Al-Keblah (Mediodía); Al-Sharkyah (Oriente), y Al-Garb (Occidente). Toledo quedó comprendida en el primero, pero lo mismo que el resto de España, gozó poco tiempo las ventajas de un gobierno justo y benéfico. Depuesto sin mas razon que el ser pariente de Muza, ocupó su puesto Al-Horr-ben-Abderraman-el-Tsakefi, hombre violento y tiránico, que fué reemplazado por Alsamah-ben-Melek-el-Zuma, de nuestras crónicas, muerto en la batalla de Tolosa, ganada por el conde Eudon, y en su lugar fué nombrado el valiente Abderrahman-el-Gafeki (721), que á su vez fué reemplazado por Ambiza-ben-Sheim, de su misma tribu y familia, gobernador prudente y equitativo que conquistó toda la Septimania, donde murió de resultas de heridas recibidas en un combate. Ni grata ni honrosa es la memoria de los emires que le sucedieron hasta Abderrahman, que, afable y justo con cristianos y moros, restableció el orden por todas partes, muriendo en la célebre batalla de Poitiers (732), ganada por Cárlos Martel, cuyo feliz resultado para los cristianos puso término al engrandecimiento de los árabes en Occidente.

Entramos en un período de guerras civiles, provocadas por la diferencia de razas y desmesurada ambicion de los conquistadores, y en el cual Toledo figura constantemente como inspirando á sus dominadores un vértigo de sedicion y discordia para destruirse mutuamente. Abdelmelek, depuesto al poco tiempo de suceder á Abderrahman, levantó pendones, se apoderó de varios pueblos, entre ellos de Zaragoza y Toledo (740), auxiliado por los berberiscos y aprovechando la ausencia del emir Ocbah; sábelo este, é inmediatamente da la vuelta á España, dirigiéndose á Córdoba, para prepararse y marchar contra los sublevados; pero allí le sobrecogió la muerte, lo que proporcionó á Abdelmelek el subir por segunda vez al emirato. Apenas empezó á organizar su gobierno, cuando se le insurreccionaron los berberiscos españoles, á los cuales batió en Andalucía y les causó una derrota notable en el alfoz de Tolaitola, desbaratando por entonces los planes de la insurreccion que él habia provocado antes. Ahorcado cruelmente por sus parciales (742), le sucedió Baleg-ben-Bassir el-Caisi. Nueva insurreccion triunfante. Vencido y muerto Baleg en los campos de Calatrava por Abderrahman-ben-Alkamah, con los restos del ejército sirio se proclama en Córdoba; pero á su vez tiene que ceder el puesto á Abulkatar-el-Kelebi, que, al frente de quince mil africanos, se apoderó de su persona y le envió cargado de cadenas á disposicion de su amo Hantala. Sucédele en el mando Thueba-ben-Salema-el-Hezami, despues de una batalla en que tuvo la suerte de vencerle; pero los gobernadores de Toledo y Mérida se niegan á reconocerle, y en su lu-

gar es nombrado Yussuf-ben-Abderrahman-el-Fehri con aplauso de todos los partidos (746). Dividió sus Estados en cinco distritos, dándoles por capitales á Córdoba, Mérida, Toledo, Zaragoza y Narbona; pero no logró evitar las guerras civiles que le movieron Samail y Ahmer-ben-Amrú, gobernador de Sevilla. Lastimoso era el estado en que se encontraba la España árabe en esta época. Las razas partidarias de cada caudillo traian los pueblos fatigados con sus peleas y los hacian víctimas de sus rivales y particulares enconos. El mismo exceso del mal les inspiró el remedio, y reunidos en Córdoba los ancianos y jeques de todas las tribus, despues de haber convenido en la poca esperanza y el ningun remedio que para salvar á España podia esperarse de Damasco, acordaron elegir un jefe que los gobernara con entera independencia de Oriente, y aclamaron á Abderrahman, nieto del califa Hixem-ben-Abdelmelek, último vástago de la noble estirpe de los Omeyas, que á la sazón proscripto y errante vagaba por los desiertos de Africa, huyendo de la furiosa persecucion de los Abassidas. Partieron emisarios en su busca y con ellos muchos adictos de la familia Ommiyada, destronada en Oriente, partido de las costas de Argel, entrando en nuestro país por las de Almuñecar (755). Su marcha por el interior de España fué una verdadera ovacion. Batió en una sola campaña á Yussuf y Samail, y despues de visitar algunas provincias y ciudades principales, fijó su residencia en Córdoba, erigida de esta suerte en capital del califato.

Toledo, desde entonces, se convierte en centro de insurreccion y foco de alarma permanente, y despues de prestar un momentáneo asilo á los hijos del vencido Yussuf, la ciudad se rindió (759), encontrando en ella su cárcel el jóven Casim, el menor de aquellos y el temible Samail. Hixem-ben-Adra levántase despues para vengar á su pariente Yussuf, y perdonado en su rebelion primera, emprende con nuevos bríos la segunda; sitiada Toledo dos veces por las tropas del califa, dos veces fué perdonado sin mas castigo que el de Hixem y otros rebeldes esterminados en Andalucía. En prueba de reconciliacion, confiere Abderrahman el gobierno de ella á su primogénito Suleyman, muy distante de prever que desde su mismo gobierno y unido á su hermano Abdala, walí de Mérida, habia de combatir el trono de su hijo y sucesor Hisem, envolviendo en lucha fratricida al naciente califato. Pero mientras que Suleyman se batia en Murcia, Toledo vió entrar por sus puertas al clemente Hixem, despues de un sitio de dos meses y dias, llevando á su lado al sometido Abdalá, á quien permitió morar en un palacio situado en las amenas riberas del Tajo (789).

A la muerte de Hisem, acaecida en abril de 796, subió al trono su hijo Alhakem, é inmediatamente reunidos los dos hermanos, Suleyman y Abdalá en Toledo, que habia puesto á su devocion el cadí Obeydah-ben-Amid-el-Amaz, se apoderaron de las puertas y alcázar de la ciudad, ocupando en seguida los demás fuertes y castillos de la provincia. Nuevo cerco puesto á la inquieta córte visigoda, y del cual se encargó en un principio el mismo califa; pero sabedor de los progresos que hacia en la España oriental el rey de Aquitania, dejó encargado el sitio á Amrú-ben-Jussuf, alcaide de Talavera,

marchando en persona con la caballería de su guardia á contener á los franco-aquitano que habian invadido la Península, de acuerdo con los rebeldes. Sagaz y astuto el alcaide, logró ver en su propia casa la cabeza del walí rebelde, muerto traidora y violentamente por sus mismos soldados; pero la ciudad no se rinde hasta que, vuelto victorioso Albhekem de su expedicion al Oriente de España, se apodera de ella por un atrevido golpe de mano. Sometida la ciudad, quedó en ella de gobernador Jussuf, hijo de Amrú, cuyos crueles caprichos é insolencias sublevaron á la plebe y movieron á los nobles mismos de la ciudad á encerrarle en una fortaleza; depuesto del mando, es reemplazado en él por su padre, que fatigó á los toledanos con rigurosas exacciones y duros trabajos para la restauracion de las murallas; y en 805 una noche, atraída á su alcázar la nobleza so pretesto de un festin, el cuchillo del vengativo gobernador hizo rodar mas de cuatrocientas cabezas que el dia siguiente aparecieron espuestas al público. Aterrada la ciudad, invadida por grandes fuerzas y sin jefes, nada pudo hacer contra semejante iniquidad, y al subir Abderraman II al trono, reconoció al nuevo soberano y le juró obediencia.

Toledo era entonces una gran ciudad, y dentro de ella se conservaban las reliquias del vencido pueblo, que con su fé y su rito especial, atravesó, bajo el nombre de *mozárabes*, todo el período de la dominacion musulmana sin mezcla con las razas árabes y africanas. Habitaban además en Toledo judíos opulentos; afluían allí los fugitivos del arrabal de Córdoba y los descontentos de toda la Península. Todas estas gentes se holgaban mucho del mal del Estado, y eran un gran elemento de insurreccion cada vez que las pretensiones de un príncipe ó la osadía de un aventurero les hacian ponerse en armas contra su soberano, si es que no fomentaban por su propia cuenta las disensiones entre sus dominadores, atentos siempre á mejorar su suerte. Desempeñaba por entonces el cargo de walí Aben-Mafot-ben-Ibrahim, y ya fuera la escesiva rigidez con que exigia los tributos, ya por deseos de venganza, fué el caso que Hixem el-Atiki, rico y valiente mancebo que habia derramado mucho dinero entre la gente pobre y ganado los berberiscos del alcázar, se apoderó de este, siendo los ministros arrastrados por las calles con gran placer de los toledanos. Fortuna del walí fué hallarse en aquella época en el campo, pudiendo salvar la vida retirándose á Calat-Rahba (Calatrava), desde donde avisó á Córdoba lo sucedido. Inmediatamente salió Omeya, hijo del califa, á reunírsele y marchar juntos contra los rebeldes de Toledo; pero Hixem, viéndose al frente de una muchedumbre revuelta y armada, salió al encuentro del ejército del califa, con quien peleó tres años, á pesar de haber sido estereforzado por Abdelruf, que vino desde Mérida con todas las fuerzas disponibles. Destruidas al fin las de los sublevados á orillas del Alberche (832), y refugiados en Toledo los pocos que escaparon con vida, reprodujose otra vez la rebellion de Mérida, contra la cual marchó Abderrahman en persona con cuarenta mil hombres, y mientras estuvo ocupado en sofocarla, aumentaron los toledanos sus defensas. Al fin, despues de seis años de una obstinada resistencia, acosados por el hambre, tu-

vieron que rendirse; pero la cabeza de Hisem, colgada de un garfio sobre la puerta de Bisagra, no escarmementó á otros para apartarles de su camino.

Muerto Abderraman II, le sucedió en el imperio su hijo Muhamad I (setiembre de 852), y á los pocos meses Muza-ben-Zeyad, gobernador de Zaragoza, y su hijo Lobia, walí de Toledo, volvieron contra él el poder que les habia conferido y del que por sospechas intentaba despojarles. Fomentaba y protegía esta rebellion con tropas y dinero Ordoño I, de Asturias, y aunque las tropas de Muhamad lograron un señalado triunfo sobre las huestes rebeldes, la ciudad no pudo ser tomada: dejó el emir encomendado el sitio á su hijo Almondhir, que pronto fué batido por Muza. Años hacia que se mantenía Tolaitola sitiada por Almondhir cuando llegó á ella Muhamad á activar y estrechar el sitio. Hundióse en el Tajo, minado por los sitiadores, el hermoso puente construido cien años atrás, y los toledanos entregaron á Muhamad la ciudad y las cabezas de algunos de sus caudillos, puestos en salvo con la fuga los principales, bajo la promesa de perdon que cumplió magnánima y generosamente el vencedor (859). Pocos años habian trascurrido cuando volvió á estallar una nueva insurreccion, siendo tumultuariamente aclamado en Toledo Abdala-Muhamad, hijo de Lobia; pero conociendo su impotencia para resistir á las tropas del califa, que á marchas forzadas se dirigian á Tolaitola, huyó abandonando cobardemente á sus parciales y encargándoles que volviesen á la obediencia del califa. En tal estado, los inquietos habitantes hubieron de rendirse á pesar suyo, implorando la gracia del monarca, que otorgó, perdonando generosamente á todos. Hubo entonces quien propuso al rey Muhamad destruir los muros de la ciudad maldita, «mas no quiso Dios, dicen los autores árabes traducidos por Conde, que tan buen consejo fuera escuchado.»

A falta de mas noble cabeza, los mozárabes de Toledo entran en negociaciones con Caleb, hijo de Hafsun, que habia logrado enseñorearse ya de la España oriental, y que, dueño de Zaragoza, llegó al Tajo, y ocupando fácilmente con el auxilio de aquellos nuestra ciudad, se hizo proclamar rey, guarneciendo sin gran trabajo los castillos mas fuertes de la provincia. El jóven Almondhir, que habia sucedido á su padre en el trono, reúne todas las tropas de Andalucía y Mérida, enviando de vanguardia á su primer ministro Haxem con un cuerpo de caballería. Fingió Caleb abandonar su presa ante las tropas del califa, y engañando á Haxem con una falsa capitulacion, revolvió sobre Toledo, aseguró las fortalezas del Tajo y quedó dueño de todo el país. Pagó Haxem en Córdoba con su cabeza su descuido, y Almondhir partió á Toledo con lo mejor de sus tropas, llevando consigo á su hermano Abdallah, el mas valiente y el mas sábio de los hijos de Muhamad; pero quebrantado su ejército en estériles luchas al pié de los muros toledanos, halló temprano fin en los campos de Huete, cayendo acribillado de heridas con todos sus caballeros andaluces (888). Proclamado Abdallah emir de España, y envuelto en las discordias que en Andalucía le suscitaban los príncipes de su familia, hubo de levantar el sitio de Toledo, no logrando desalojar jamás á los rebeldes de sus posiciones, á pesar de haber al-

canzado sobre ellos campales triunfos, ni mucho menos ocupar la ciudad. La gloria de esta empresa estaba reservada á su nieto y sucesor Abderraman III, cuyo reinado es uno de los mas brillantes de la dominacion árabe en España; pues aunque Alfonso III, de Asturias, considerándose despues de la batalla de Zamora bastante fuerte para atacar al hijo de Hafsun en el corazon mismo de sus dominios, marchó al año siguiente sobre Toledo, hubo de retirarse conociendo lo difícil de la empresa, cuyo único premio fué una fuerte suma que le entregaron los toledanos porque se alejara de la ciudad.

Dedicóse antes de todo Abderrahman á pacificar su reino, y al frente de un ejército de cuarenta mil hombres se encaminó á Toledo, sometiendo á su paso las fortalezas de la comarca. No atreviéndose Caleb á defender la ciudad, salió en busca de refuerzos, dejándola encargada á su hijo Giafar. Alcanzado por el califa en una llanura entre Toledo y las montañas de Cuenca, supo mantener por algun tiempo incierta la victoria; al fin se pronunció esta por Abderrahman, retirándose Caleb á Cuenca y el califa á Córdoba, dejando el cuidado de aquella guerra al entendido Almudhafar. Desde allí y despues de calmar las disensiones intestinas de los partidos, se apoderó de Zaragoza. La rendicion de esta plaza y la muerte de Caleb, acaecida en un castillo próximo á Huesca en mayo de 919, no desalentaron á Suleyman y Giafar, sus hijos; pero muerto el primero en un encuentro con las tropas del califa, quedó limitado á la comarca de Toledo el vasto reino fundado por sus padres. Apurada ya de recursos la ciudad, enderezó hácia ella sus pasos el califa, ocupando el castillo de Morah (Mora), y recibiendo las llaves de las fortalezas de Canilex (Canillas) y Alfahemin (Alamin), que sus mismos alcaides vinieron á poner en sus manos. Con tan buenos principios planta sus reales al N. de la ciudad sobre la *machora* ó cementerio, encomendando á una division de esclavos de su guardia el cuidado de evitar la salida de los sitiados por el puente de Alcántara, única comunicacion que les quedaba libre. Destruídos los antiguos edificios que habia estramuros, destrozados los frutos y sembrados y perdida ya toda esperanza, una mañana al romper el alba salió Giafar con 2,000 ginetes, cada uno de los cuales llevaba otro á la grupa, y abriéndose paso á través del campo enemigo, marchó á Leon, prefiriendo ser vasallo de Alfonso X que someterse al califa de Córdoba. Los moradores, desarmados, salen á implorar la clemencia de Abderrahman, que se la otorga sin reserva, entrando en Toledo por la puerta de Bisagra en el año 315 de la egira (927), cerrada por mas de cuarenta años al poder de los Ommyadas.

Pasan los años despues, y la tranquilidad mas perfecta reina en nuestro recinto. Muere Abderrahman en 961, y su hijo Alhakem II, que le sucede, traslada á Toledo su residencia para ordenar y dirigir desde ella la guerra santa que le cubrió de laureles en San Estéban de Gormaz, en Zamora, en Osma y en Simancas. Tampoco se altera aquella mientras rige la monarquía, en tiempo del imbécil menor Hixem II, el valeroso Mohamed-Al-Mansur; pero despues que encerrado en una torre de Córdoba el joven Hixem, y usur-

pado su trono por su ministro Mohamed, mientras este busca medios de asegurar su cetro, el esclavo Wada, á quien se confiara la custodia del preso, le presenta al pueblo y levanta banderas por él; Toledo, á pesar de haber muerto Muhamed, se decide por el hijo de este y su walí Obeydallah, aliándose con Suleyman en contra del legítimo soberano. Pero Wada, elevado á la primera dignidad del Estado, atrayéndose primeramente la proteccion de Sancho, conde de Castilla, asegurándole en pago siete fortalezas, se apodera fácilmente de nuestra capital, y alcanzando á los dos rebeldes en Maqueda, los destroza por completo (1010), dejando por walí á Abu-Ismaíl-Dylnum-ben-Dze-n-non, noble y poderoso cuanto audaz y afortunado, que, proclamándose independiente, funda y lega á su familia el reino de Toledo, separado ya para siempre del califato cordobés.

Desde allí y apenas desapareció Hixem II en el sitio que Suleyman puso á Córdoba en 1016, empezó á dar el walí señales de inobediencia, hasta que en 1031, á la retirada de Hixem III, negó abiertamente la obediencia al califa Gewar, y aliándose con el rey de Zaragoza y con Huceil, señor de Azahila y de Santa María de Aben-Razin, protegió la emancipacion de los Estados pequeños, y despues de medir sus fuerzas con el rey de Córdoba, bajó al sepulcro (1047), dejando á su hijo Almamun ó Almenon grandes dominios y mayores esperanzas.

Empieza este su reinado concertando treguas con los cristianos de Castilla y de Galicia, y auxiliado por las tropas de su yerno Abdelmelik, rey de Valencia, penetra en tierra de Córdoba, ocupa varios fuertes fronterizos y obliga á retirarse para siempre de sus dominios á Hariz-ben-Alhakem, general cordobés. Reúnense entonces los reyes andaluces para defenderse contra las fuerzas de Valencia y Toledo, reunidas bajo las órdenes de Almamun, y ya Córdoba iba á franquearle sus puertas, cuando se apoderó de ella por traicion el rey de Sevilla, que usurpó el trono despues de derrotar á Almamun, trocándose en enemigo el aliado.

Cuando en 1064 fué sitiada Valencia por Fernando I, rey de Castilla y de Leon, Abdelmelik se salvó con la fuga; Almamun, abandonando á Toledo, pasó á Cuenca, y ya por ambicion ó por no querer dejar fiada la defensa de plaza tan importante á tan débil príncipe, es el caso que despojó á su deudo del trono tomándole para sí. Levantado el cerco por los cristianos, volvióse Almamun á Toledo, dejando por gobernador á Abu-Bekr, que despues se proclamó independiente y era el monarca de aquel reino cuando Alfonso VI puso cerco á Valencia. Quedan, pues, solos los reyes de Toledo y Sevilla frente á frente, dividido entre ambos el imperio árabe español y disputándose la primacía. A las puertas de Murcia se decidió la contienda en sangrienta batalla á favor de Almamun, que de una en otra conquista, auxiliado por Alfonso VI, llegó á Sevilla, reuniendo en su cabeza las coronas de los tres reinos de Toledo, Sevilla y Valencia, con el título de Dylmegdain (señor de los tres reinos). A pesar de éxito tan brillante, la hora de la reconquista de Toledo se aproxima ya, y antes es preciso que fijemos nuestra atencion en lo que poco antes de esta época sucedia en los dominios cristianos.

Roto por el imprudente testamento de Fernando I el *Magno* la unidad de los reinos de Castilla y de Leon, no tardó en estallar la guerra entre los hermanos; vencido Alfonso y despojado de su reino de Leon, por su hermano Sancho, cambió la cárcel por el cláustro, y poco despues vino á Toledo á solicitar un asilo del rey moro, que le recibió con benevolencia. Dióle un palacio contiguo al suyo donde habitara, un templo donde orar, un jardin para su recreo, y mas adelante le permitió organizar en Brihuega una colonia de cristianos sometidos á su autoridad, con quienes se entregaba á los placeres de la caza. De esta suerte, amado como un hijo por su generoso huésped, pasó Alfonso los años de su destierro sin que los misteriosos agüeros ni los temores de los consejeros árabes trocaran por un instante el ánimo del bondadoso Almamun, en quien resplandecieron noblemente la hospitalidad y la fé del juramento.

Muerto D. Sancho en el sitio de Zamora, es Alfonso proclamado rey de Castilla; secretos mensajeros llegaron á Toledo, venidos de Zamora y Búrgos, y desechando Alfonso el plan de fuga que le proponian sus compañeros, se presentó á Almamun, y con la franqueza de un noble castellano, informó al musulman de cuanto acababan de noticiarle los enviados de su hermana Urraca y de los castellanos. Todo lo sabia ya Almamun, correspondiendo á la confianza de su ilustre huésped. «¡Gracias doy á Dios, le dijo, que te ha inspirado tal pensamiento! Él ha querido librarme de cometer una infamia y á tí de un peligro cierto. Si hubieras intentado fugarte, hubieras ido á parar á la prision ó á la muerte, porque yo habia hecho vigilar todas las salidas de la ciudad, con órden á mis guardias de que asegurasen tu persona. Ahora ve y toma posesion de tu reino; y si algo necesitas, oro, plata, caballos, armas ú otros recursos, de todo te podrás servir, pues todo te será facilitado inmediatamente.» ¡Rasgo de delicada generosidad, cuyo conocimiento ha llegado á nosotros por el testimonio de los historiadores cristianos, nada parciales en favor de los infieles! Alfonso, conmovido, le hizo entonces juramento solemne de respetar sus Estados mientras él y su hijo mayor los dirigieran, y llegado el dia de la marcha, salió de Tolaitola, que le acogiera proscrito, para no volver á entrar en ella sino como conquistador de Toledo. Despues de los sucesos anteriormente descritos, Almamun, triunfante, cerró los ojos en el alcázar de Sevilla á los seis meses de su entrada en ella (1076), siendo recobrada por Ebu-Abed, que seguidamente se apoderó de Córdoba y arrojó de allí á los moros toledanos, dando muerte al gobernador Hariz, puesto por Almamun.

Sucedió á este su primogénito Hixem-Al-Kadir; pero este príncipe debió reinar muy poco tiempo, desposeido por los mismos toledanos en un alboroto que contra él movieron, proclamando á su hermano Yahia-Al-Kadir-Billah por sucesor suyo. Desacertada fué semejante eleccion: tímido y voluptuoso, á la par que despótico y cruel, no fué reconocido por el gobernador de Valencia, que se declaró independiente, perdiendo desde el primer año de su reinado todas las conquistas de su padre. Los toledanos, oprimidos y vejados por su rey, brindan á Alfonso VI con la corona para sustraerse de

aquel tiránico gobierno. Por otra parte, Ebn-Abed, el de Sevilla, provocó tambien á Alfonso á que rompiera la alianza con Yahia y aceptara la suya. No desaprovechó el monarca cristiano tan tentadoras invitaciones, y empezó con fé y constancia grandes operaciones contra la plaza. Por seis años consecutivos invadió el reino de Toledo, talando los campos y saqueando los pueblos; cada año avanzaba mas y mas en sus correrías, y el sétimo plantó sus tiendas á la vista de la capital; esta, al abrigo de sus muros y por medio de reacciones ofensivas con su caballería, detuvo por algun tiempo al sitiador; los moros extremeños, que en su socorro acudieron, fueron obligados á retirarse, y entonces Yahia, sin esperanza alguna y desoyendo el consejo de los que mas nobles y valientes anhelaban sepultarse bajo los escombros de la ciudad antes que rendirse, acosado por una plebe hambrienta y escitada por los mozárabes, entregó la capital de su reino á Alfonso VI, consiguiendo del vencedor una honrosa capitulacion, bastante análoga á la que tres siglos antes habia abierto sus puertas á Tarik.

Pero antes de penetrar en la Toledo de la restauracion, volvamos la vista atrás, y haciendo un pequeño descanso, procuremos describir la fisonomía y el estado civil y político de la Toledo visigoda y árabe. Eran los visigodos los menos rudos de todos los pueblos del Norte y los mas dispuestos á la vida social, habiendo cambiado, por su trato frecuente con los pueblos civilizados y sus numerosas correrías, la natural aspereza de sus instintos por usos y prácticas suaves que formaban grande y singular contraste con las costumbres primitivas; fortuna grande fué para Toledo que le tocaran en suerte estos conquistadores, que conservaron los templos y monumentos, construyeron otros nuevos, respetaron sus costumbres, y situaron en ella la capital del reino godo-hispano para no mudarse de allí hasta que desapareciese la monarquía visigoda, rodeándola de fuertes murallas, que aun hoy se conservan. Desde este momento empieza la fusion de los dos pueblos, siendo el principio religioso el primer elemento para lograrlo; se ve al cristianismo irse levantando poco á poco desde el pueblo vencido é irse acercando al trono del pueblo vencedor; ya gana á Hermenegildo; su sangre derramada fructifica la nueva idea; los conquistadores ceden á la civilizacion del pueblo conquistado, y entonces se consuma entre los dos pueblos la fusion religiosa, precursora de la unidad política, hermanando entre sí las clases y las razas. Las diócesis metropolitanas correspondian á las cinco grandes provincias romanas, y siendo Toledo la metrópoli de los godos, fué creciendo su importancia, que habia de ir en aumento hasta llegar á ser la Silla primada de España. Los Concilios, conocidos ya de antiguo en nuestra ciudad, habian tratado solo de asuntos eclesiásticos; pero desde el tercero con vocado por Recaredo, se abrió en Toledo aquella série de ilustres asambleas, convocadas y sancionadas por los reyes, asistidas de próceres, pero formadas únicamente por prelados, que se ocupan no solo de los asuntos religiosos, sino tambien tienen conocimiento y deciden las cuestiones que se originan en el gobierno temporal de los pueblos.

Caudillos militares, mas que reyes, son los primeros

monarcas visigodos; la eleccion los llama al trono, y desde Recaredo la electividad se fija ya sobre bases sólidas. Casi ilimitado y absoluto su poder desde Amalarico hasta Teodredo, y desde Eurico hasta Recaredo, se modifica desde este último príncipe por influencias ó poderes desconocidos hasta entonces. En vano se esfuerzan los monarcas por asegurar la eleccion en miembros de su familia, haciendo de esta suerte hereditaria la corona; el azar ó la usurpacion frustran todos sus esfuerzos, y no hubo dinastía tan venturosa que lograra hospedarse en el régio alcázar por mas de dos generaciones.

Como legisladores, en nada aventajaron los visigodos á los romanos como en lo relativo á la organizacion de la familia. Su *Fuero-Juzgo* sirvió como de base para unir la Edad antigua con la Edad media, siendo con las actas de los Concilios la mas rica herencia que dejó la España visigoda á la España de la reconquista.

Resiéntense sus monedas de la poca habilidad de los grabadores, notándose en ellas al propio tiempo falta de solidez é incorreccion en el dibujo, unido á la ausencia de puntos ortográficos ó diacríticos, que pintan el atraso y notable incuria de aquella raza para las bellas artes. Pero en todas ellas resalta el espíritu religioso, palanca notable que removió elevando á su mayor altura la monarquía visigoda. Leovigildo es el primer rey godo que mandara acuñar moneda en Toledo, y de él se recogen dos tipos de fácil lectura, si se tiene en cuenta que la + unas veces es principio de dición ó signo que parte la frase, y otras suple la letra que el grabador no sabia escribir bien.

PRIMER TIPO.

Anverso.... $\left\{ \begin{array}{l} +IUVIG+ \\ | +DUS | \end{array} \right\}$ Reverso.. $\left\{ \begin{array}{l} TOLE \\ TO RE + \\ CONO \end{array} \right\}$

SEGUNDO TIPO.

Anverso.... $\left\{ \begin{array}{l} +LEOVIGIL \\ DUS RE+ \end{array} \right\}$ Reverso.. $\left\{ \begin{array}{l} +TOLETO \\ JUSTUS \end{array} \right\}$

Que leeremos LIUVIGILDUS TOLETO REX en la primera, y LEOVIGILDUS REX TOLETO JUSTUS en la otra, interpretando el CONO puesto en aquella por *Civitates Omnes Nobis Obediant*. Las dos figuras del primer tipo representan: la del anverso al soberano, y la del reverso á la victoria, empresa que se cree generalmente fué adoptada por los godos al empezar á batir moneda. De su sucesor Recaredo se han recogido dos clases de monedas acuñadas en Toledo: una de oro y otra de plata; la primera contiene en ambos lados el busto del rey, con esta leyenda:

Anverso.... $\left\{ \begin{array}{l} +TOLETO \\ PIUS \end{array} \right\}$ Reverso.. $\left\{ \begin{array}{l} +RECCARE \\ DUS RE+ \end{array} \right\}$

La segunda nos es desconocida, y segun la descripcion que hace de ella Ambrosio de Morales, es igual á esta, escepto en el anverso, en que se da al monarca el dictado de JUSTUS, en lugar del de PIUS que recibe en aquella. Una sola moneda conocemos de Witerico con las inscripciones siguientes:

Anverso.... $\left\{ \begin{array}{l} +WITTIKI \\ CUS RE: \end{array} \right\}$ Reverso.. $\left\{ \begin{array}{l} +TOLETO \\ PIUS \end{array} \right\}$

En esta moneda, una de las mejores grabadas del período gótico, hay que notar: primero, que el nombre del monarca está escrito con i y no con e, como aparece en otras de Sevilla y Tarragona; segundo, que la x de REX se suple con : y no con + como en las anteriores, y tercero, que la s de PIUS está tendida sin duda para llenar el espacio de la circunferencia. Muy parecida á la que acabamos de describir, y tambien de oro, es la que se conoce de Sisebuto, y solo se diferencia en la forma de la letra de la de Suintila, descubierta en el siglo pasado. Ni los bustos ni los caracteres se distinguen en el reinado de Sisenando por la correccion é igualdad que hemos notado en los anteriores, á quien procura imitar. Mas seguro se manifiesta el buril en otra que se conoce de Chintila, y en la que el grabador, despues de tender la s de PIUS, añadió otra figura á manera de ramo, que es el *Psi* griego para no dejar vacío alguno. De Tulga existe una moneda batida en Toledo, en la que se lee:

Anverso.... $\left\{ \begin{array}{l} +TULGAN \\ RE+ \end{array} \right\}$ Reverso.. $\left\{ \begin{array}{l} TOLETO \\ PIUS W \end{array} \right\}$

La terminacion del nombre llama nuestra atencion, pues solo en las monedas se le titula TULGAN y no TULGA, y no es menos notable la W final, que algunos creen podria significar *Victor*; pero que ni la edad ni las desgracias de Tulga apoyan esta sospecha, aparte de que nunca vemos usado aquel elogio en Toledo. De Chindasvinto conocemos una moneda de oro, cuyas inscripciones son:

Anverso.... $\left\{ \begin{array}{l} +CINDASVIN \\ TUS R + \end{array} \right\}$ Reverso.. $\left\{ \begin{array}{l} +TOLETO \\ PIUS \end{array} \right\}$

El nombre de este rey empieza omitiendo la H y usando al fin el *Theta* griego para expresar la TH de CINDASVINTHUS; en el REX falta la E, y el semicírculo de la P está separado y tendida la S, como en los ejemplares anteriores. Son esfuerzos del grabador para que la medalla pudiera contener las dos leyendas. Del propio recurso y aun de otro nuevo se valió el que hizo la moneda perteneciente á él y á su hijo, mientras este estuvo asociado al trono en vida de su padre; pero cuando muerto este asumió Recesvinto todo el poder, varió algun tanto el tipo de las monedas visigodas. Las leyendas no contienen nada de particular, y en el reverso se pone, dominando el centro de la medalla, la señal de la santa cruz, por cima de tres rayas á modo de gradas.

Notables son las monedas de Wamba correspondientes á Toledo: conservando el mismo signo sagrado que en la moneda anterior, empieza la inscripcion *In Dei Nomine*, devota leccion que hasta entonces no habia usado nadie, y que prevaleció en las medallas de los reyes posteriores; las leyendas, por otra parte, no tienen nada de raro, y son:

Anverso.... $\left\{ \begin{array}{l} +J. D. N. M. N. \\ WAMBA R+ \end{array} \right\}$ Reverso.. $\left\{ \begin{array}{l} +TOLETO \\ PIUS \end{array} \right\}$

Análoga á esta es la de Ervigio, sin mas novedad que su rostro está dibujado con barba larga. De Egica, su yerno, se han acopiado algunas monedas, siendo la mas notable una de plata, cuyas leyendas dicen:

Anverso.... { IN+PI NN } Reverso.. { +TOLETO
EGICANU R+ } PIUS

Se observará que la invocacion se pone á la griega diciendo: IN XP₁ (*Christi*) NOMINE; y que al nombre del rey latinizado, se le añade una n y una u; todos estos accidentes hacen rara esta moneda entre los escritores numismáticos. Luego que Egica asoció al trono á Witiza, cambió las formas de las monedas toledanas; en el anverso se ven los bustos de padre é hijo en actitud de mirar á la santa cruz colocada entre ellos, y en el reverso se halla el monógrama de Toledo figurando las oo con puntos; no ofreciendo mas dificultad la lectura de la inscripcion, que la cifra RECCS que Florez lee REGNI CONSORS, para indicar la asociacion de Witiza al gobierno en vida de su padre, y otros creen espuso REGNI CONCORDIA, en nuestro juicio sin fundamento. La última moneda que termina la série de las visigodas toledanas es de oro del tiempo de Witiza, y en la cual desaparecen los monógramas, vuelve á poner de frente el busto del soberano en el anverso, colocando en el reverso una cruz sencilla orlada, sin gradas ni otro adorno.

Dejando para mas adelante la descripcion de los monumentos visigodos que han llegado hasta nosotros, veamos cuál fué la suerte de los toledanos durante la dominacion árabe. Tolerado por política el libre ejercicio de su religion, y permitiéndoles gobernarse por leyes y jueces propios y conservar sus haciendas, si bien afectas á un tributo, libraron los toledanos de la profanacion seis templos cristianos, y dejaron separados del botin universal el peculio de los que desde entonces empezaron á apellidarse *mozárabes*. Salga esta voz del participio *Mostarab*, que dicen significa *arabizado*, ó provenga de MUCTAARAB, vocablo con que se indica al que, sin ser árabe de origen, habla bien y usa la lengua árabe, ambas acepciones convienen por extremo á aquellos infortunados toledanos, que optaron por conservar sus hogares y su religion, reconociendo de hecho á los árabes por señores supremos de España. Prohibidos los matrimonios entre las dos razas, el elemento árabe no podia mezclarse con el cristiano, que de esta manera no pudo ser nunca absorbido por el musulman, pero al mismo tiempo no podia ser muy duradera la union entre ambos pueblos; la obra de Tarik debia encontrar obstáculos insuperables en los caudillos africanos; la suerte de los mozárabes en este período no fué próspera en ningun sentido. Divididos entre sí los invasores, y encendida la guerra de castas, fué nuestra provincia teatro de las luchas que sostenian los contendientes, y en los que alguna vez figuraron sus habitantes como fuerzas auxiliares, sufriendo todos los rigores de la guerra, y viendo mermado su patrimonio por las exacciones é impuestos extraordinarios que de aquella se originaban. Declarado Abderraman como califa independiente, entra Toledo en otra era mas tranquila que la de los emires, pero en la cual, sin que se vea del todo libre de vejaciones, goza de ordinario mas desahogo y pueden sus habitantes entregarse con mayor seguridad á sus prácticas religiosas y civiles; y si bien no puede serles muy apacible la vida dentro de una plaza que está constantemente sobre las armas, ellos encuentran fácil medio de des-

quitarse de los agravios que padecen, prestando apoyo á los sediciosos, cuyos jefes les prestan á su vez la proteccion y el amparo que jamás merecieron de los legítimos. Distinguidos los mozárabes toledanos por su valor y ciencia, habian sabido ganarse tal influencia cerca de los árabes, que, unidos, concertaban alianzas, ajustaban paces y aunados trabajan para conseguir la independencia de Toledo. Sin embargo, no contribuyeron los cristianos á levantar el trono de Ismail, que hasta por carácter era poco favorable á los cristianos; por su parte, estos revelaron un descontento imprudente, que atrajo sobre su cabeza las iras del monarca, poniéndoles en peor situacion que la que habian gozado bajo el gobierno de los emires y el poder de los califas cordobeses. El pueblo mozárabe perdió, pues, su independencia y casi su vitalidad propia, al comenzar el reino independiente de los Diluunes, si bien al cabo de diez y siete años, bajo el reinado de Almamun, su situacion se mejoró notablemente, no contribuyendo poco á esto la colonia que con el rey de Leon Alfonso VI se acogió al patrocinio de Almamun; la misma plebe árabe cobró otra vez aficion á los desgraciados cristianos, que desde entonces vivieron resignados sin abusar por su parte de aquella ventajosa posicion.

El latin siguió siendo entre ellos la lengua oficial y corriente, bien que plagada de orientalismos y voces estrañas; en cuanto á los trages, la gente pobre imitaba de ordinario á los sarracenos, mientras que los nobles, segun el arcipreste Julian Perez, traian unos vestidos «largos hasta los piés, de distintos colores, y con «vueltas encima, pendientes de los hombros hasta pasados los brazos, á manera de los tahalíes que hoy se «usan, y de aquí colgaban unos alfanges como los que «llevan los soldados árabes. El cuello lo tenian desnudo, resguardado de pelo por la parte posterior; la barba prolongada, y la cabeza la cubrian con birretes «de seda ó de paño. Calzaban borceguíes de varios colores, y zapatos puntiagudos con medias largas debajo de ellos; esto los hombres. Las mujeres adoptaban verdugados y chapines ó chinelas, cofias, mantos tambien pendientes de arriba á bajo, jubones de seda, y rizos y crespos en el pelo á la usanza germana; trayendo además en las orejas por arracadas «águilas de oro, tórtolas, leones, grifos y palomas; al «cuello gargantillas de oro, y en las manos brazaletes, «manillas y anillos de cuero de ámbar. Estos trages, «concluye, se estilaron hasta el año 1110 de Cristo.»

Los turbulentos reinados que siguieron al de Almamun llenaron de privaciones y molestias á los mozárabes, tomando estos una parte muy activa en las quejas elevadas contra Yahie, y tambien consta que en el cerco puesto á Toledo por el monarca castellano, abandonaron en gran número sus hogares, saliendo al campo á auxiliar á los sitiadores y entrando con ellos en la ciudad como señores, los que de ella habian salido como siervos.

Toledo, en la época árabe, no batió moneda hasta que se hizo independiente, copiando entonces el módulo, el carácter y hasta la forma de las monedas andaluzas; así se explica la gracia de nuestras monedas escritas todas en caracteres cúficos, sin ápices ni puntos diacríticos como las mejores de Abderraman III.

Sobre la materia en que están acuñadas, es preciso advertir que á las de oro las llamaban los árabes *adiner* ó *dinar*; á las de plata *dirhem* ó *adirham*, y *felus* á las de cobre, nombres que, empleados en las inscripciones de las mismas medallas, nos revelan su valor respectivo. Se atribuye á Ismail una moneda que en su primera área dice en tres líneas: *No es Dios sino Allah-Nuhamad enviado de Dios*, y en la orla: *En el nombre de Dios se acuñó este adirham en Medina Tolaitola*; en el área opuesta también en otras tres líneas se espresa: *Nuestra abastanza—Dios, oh quan buen—amparador*, y en su orla la mision profética: *No es Dios sino Allah, que no tiene compañero*.

El mayor número de monedas que pertenecen á la época árabe puede aplicarse á Almamun: conocemos de él cuatro monedas de fecha fija, y varias sin ella. La primera tiene entre líneas la inscripcion: *El Hadjib no es Dios, sino Allah-Heschamo-D'-Daula*, y en su orla: *En el nombre de Dios se acuñó esta adirham en Medina Tolaitola en el año 448* (1056 de Jesucristo); en la otra cara se lee: *Dhoul-Al-Mamoun-Medj-din*, y la misma orla que la anterior. La segunda en su primera área y en cuatro líneas dice: *No es Dios Al-Mamoun-Dhoul-Medj-din, sino Allah*, y alrededor: *Muhamad es el legado de Dios, enviado con la direccion y ley verdadera, para hacerle prevalecer contra toda religion, á despecho de sus enemigos*; en la otra cara y en cuatro líneas manifiesta sobre el campo: *Muhamad-El-Hadjib-Scheráfo-D'-Daula legado de Dios*, y en la orla: *En el nombre de Dios se acuñó esta adirham en Medina Tolaitola en el año 465* (1073 de Jesucristo). La tercera y cuarta son en todo semejantes á la anterior, siendo su fecha de 466 y 468 de la egira (1074 y 1076 de Jesucristo). Las monedas sin fecha son también cuatro: la primera no tiene orlas, leyéndose en una de sus caras en dos líneas: *No es Dios sino Allah-Obaidollah*, y en la otra: *D'-Al-Mamoun-Medj-din-Oul*. La segunda, también sin orlas, espresa en una de sus caras en cuatro líneas: *No es Dios Al-Mamoun-Dhoul-Medj-din sino Allah*, y en medio de la otra, también en cuatro líneas, la inscripcion de la moneda del año 465, sin la orla. La tercera, que es otra *adhiram*, presenta en tres líneas la inscripcion: *Al-Mamoun no es Dios sino Allah-Dhoul-Medj-din*, y alrededor una inscripcion incompleta en que solo se alcanza á leer la palabra Toledo y la cifra ocho; en la cara opuesta en cuatro líneas: *El-Hadjib-Muhamud legado de Dios Scheráfo-D'-Daula-C.*, y en la circunferencia: *No es Dios sino Allah que no tiene compañero*. La cuarta, bastante deteriorada, espresa en dos líneas: *Al-Mamoun-Dhoul-Medj-din*, rodeadas de una orla ilegible, y en la otra cara: *El-Hadjib no es Dios sino Allah-Scheráfo-Daula-H.*, y en la orla: *En el nombre de Dios se acuñó este adirham en Medina Tolaitola el 4...*, faltando las cifras de las decenas y unidades. También se han conservado de Yahia muchas monedas toledanas; de ellas existen varias ilegibles y en mal estado de conservacion, conociéndose además dos de fecha fija; una que dice: *No es Dios sino Allah-Muhamad legado de Dios*, y en la orla: *En el nombre de Dios acuñóse este adirham en Medina Tolaitola en el año 468* (1076 de Jesucristo); en el área opuesta en

dos líneas: *Al-Kadir-Billah*, y alrededor la mision profética que ya sabemos. La segunda, que es uno de los tipos árabes mas elegantes, comprende en dos líneas en cada área las mismas leyendas que la anterior puestas sobre una estrella y dos 00, y su fecha es de 476 (1083 de Jesucristo). Además de estas dos monedas con fecha, se conoce otra sin ella, y cuya lectura es como sigue: en el anverso: *No es Dios sino Allah—Loor á Dios*, y dos estrellas en la parte superior é inferior. La orla está muy deteriorada é ilegible; en el reverso la inscripcion de la moneda de 478, teniendo una estrella encima y debajo tres pequeños círculos.

Estos son los únicos ejemplares que conocemos de monedas acuñadas en Toledo durante la dominacion árabe; mas adelante veremos algunos tipos árabes de monedas toledanas, pero batidas ya por reyes cristianos.

CAPÍTULO III.

EDAD MEDIA.

Entrada de Alfonso VI en Toledo.—Prósperos resultados de su conquista.—Los almoravides.—Alfonso VII.—Sancho III.—Los almohades.—Fundacion de la órden de Calatrava.—Proclamacion de Alfonso VII.—Reyes nuevos.—Ayala y Silvas.—Reyes Católicos.—Fuegos y Ordenanzas de Toledo.—La Santa Hermandad.—Numismática.

Lucia el 25 de mayo de 1085, dia de San Urbano, cuando entró Alfonso VI triunfante en la ciudad de Toledo, al tiempo que Yahia, llevando consigo sus mas preciosos tesoros, salia para Valencia, y la ciudad volvia á ser la capital del imperio cristiano, como en tiempo de los godos. Las fortalezas y las villas del reino árabe de Toledo abrieron prontamente sus puertas al ejército castellano, que pasó despues á hacer nuevas conquistas en regiones distantes, sirviendo de lazo para unir los Estados de Leon y Castilla con los nuevos dominios agregados á su corona por Alfonso el Bravo. Tantas victorias despertaron los celos de Ebu-Abed, rey moro de Sevilla, viéndose imposibilitado de resistir por sí solo al monarca castellano, que desde Estremadura habia propagado la guerra á las provincias andaluzas, llamó en su auxilio á los almoravides, raza berberisca que, á las órdenes de Yussuf-ben-Jachfin, de la tribu de Zenaga, dominaba el Africa, y al cual cedió el monarca sevillano la plaza de Algeciras para sí y sus descendientes.

Desembarcó Yussuf en esta ciudad su formidable y numeroso ejército, y despues de reparar sus defensas, salió para Sevilla, donde acudieron todos los emires musulmanes con sus respectivas banderas. Alfonso, cuando lo sabe, levanta el sitio de Zaragoza, y con el rey D. Sancho de Navarra, el conde Berenguer de Barcelona y sus tropas de Castilla y Galicia, á las cuales se agregaron muchos caballeros franceses, pasa á marchas forzadas á Estremadura, y avistando al ejército africano en las llanuras de Zalaca, el viernes 23 de octubre de 1086, le acomete con mas valor y gloria que fortuna. El campo quedó cubierto de cadáveres cristianos, y Alfonso, á los pocos dias, se refugiaba casi solo en Toledo. Orgulloso el rey de Sevilla con la victoria alcanzada, penetra en nuestra tierra, y Rue-

da, Almodóvar y Malagon presencian, además, nuevas derrotas de cristianos. Y en 1090, Yussuf se puso sobre Toledo devastando sus contornos, y siete años despues tuvo ocho dias á Alfonso encerrado en Consuegra, aunque sin conseguir rendir la plaza. Por último, en 1099, el hijo del jefe lamtunita sitió de nuevo á Toledo, el cual resiste con heroismo, obligándole á levantar el sitio, retirándose á Consuegra, que cae en sus manos en el mes de junio. La derrota de Uclés y

la muerte del tierno infante D. Sancho acarrearón la de D. Alfonso, á quien sucedió en sus Estados su hija Urraca, que casó en segundas nupcias con el rey de Aragon D. Alfonso el Batallador, en cuyo corto y turbulento reinado sufrió Toledo dos nuevos sitios, puestos por los Almoravides, y Talavera, Oreja, Pulgar, Polan, Magan y Cabañas vieron en sus terminos derrotas sangrientas é inesperadas. Pronto su sucesor Alfonso VII, el emperador, logró fijar la veleidosa fortu-



San Juan de los Reyes, en Toledo.

na, y despues de recobrar los pueblos usurpados por el aragonés, tomó á Mora en 1144, despues de haber visto destrozados, al pié de su castillo, meses antes, los miembros del valiente Alfonso Munio, príncipe de la milicia toledana, muerto con otros caballeros en una emboscada del rey almoravide, Allí, como le llaman nuestros anales. De allí pasó á Oreja ó Aurelia, que tomó, á pesar de la vigorosa defensa de su enemigo. Exhausto este de recursos, solicitó una tregua mientras llegaban los refuerzos que se proponia pedir al emperador de Marruecos; generoso Alfonso, se la concede; desembarcan á poco tiempo los africanos, y sabedores del desamparo en que se hallaba Toledo, cuyos valientes hijos estaban al lado del rey, ocupa-

TOLEDO.

dos en el antedicho sitio de Oreja, se dirigieron á la ciudad y comenzaron á espugnar sus torres y muros. En tal conflicto, doña Berenguela les envia un embajador, y por su conducto les dice: «¿No veis que es mengua de caballeros y capitanes generosos guerrear contra una mujer, cuando tan cerca os espera el emperador? Si quereis pelear, id á Aurelia, y allí es donde debéis acreditar que sois valientes y hombres de honor.» Oyéronle los sarracenos, y como al poco tiempo, dirigiendo la vista al alcázar, distinguieran á la emperatriz rodeada de sus damas, se avergonzaron de tal espectáculo, y, levantando el sitio, se volvieron á su tierra, dice el cronista, «sin honor y sin victoria.» Apurados entre tanto los de Oreja, rindiéronse al empe-

rador (1139), á condicion de que los dejara retirarse á Calatrava; cumpliolo Alfonso, y aun les agasajó espléndidamente, como quien sabia corresponder al caballeroso porte que los suyos habian tenido con la emperatriz.

Dividido el reino á su muerte entre sus hijos don Sancho y D. Fernando, pronto se vió el primero acosado de propios y estraños; pero sosegada la ambicion de su tio el aragonés, cediéndole algunos pueblos en cambio y como feudo de que él y sus sucesores asistan con el estoque desnudo á la coronacion de los monarcas castellanos, vuelve sus armas contra Aben-Jacob, que amenazaba penetrar en tierras de Toledo; y aunque consigue un triunfo cabal sobre los almohades, no dejaban estos de hostilizar á los cristianos siempre que se les presentaba ocasion propicia y se iban preparando para emprender contra Calatrava. Los templarios, temiendo no poder defenderla, se la devolvieron al rey, el cual, viéndola en tal desamparo, publicó un edicto ofreciéndola con todos sus honores al caballero ó ricohome que se encargara de su defensa. Habia á la sazón en Toledo dos monges bernardos, San Raimundo, abad de Fitero, y Fr. Diego Velazquez, natural de Bureba, que, viendo que nadie se presentaba, pidieron la plaza al soberano, y este se la otorgó con licencia para que predicasen una cruzada, alzarán bandera y pudieran constituir ejército. De esta manera nació en 1158 la orden militar de Calatrava, que tantos dias de gloria dió despues á la patria, y que tuvo su origen en Toledo.

Dejó D. Sancho á su muerte un hijo, de escasos tres años, llamado Alfonso, que fué proclamado su sucesor y al cual el monarca habia designado por ayo y tutor á D. Gutierre Fernandez de Castro. Esta disposicion sublevó á la familia de los Laras, dividiéndose Castilla en dos enconados bandos, y llegando á tal punto las cosas, que D. Gutierre hizo cesion de la tutela á D. García de Aza, hijo del conde de Cabra y hermano de madre de los Laras. Dueños estos de la regencia, desposeyeron á los Castros de sus castillos y tenencias, poniéndoles en el caso de rogar á D. Fernando de Leon que se encargase de la tutela de su sobrino y de la gobernacion de sus Estados. El leonés penetra con su ejército en Castilla, y Toledo le reconoce como tutor del príncipe, quedándose en ella como alcaide don Fernando Ruiz de Castro, sobrino de D. Gutierre. Continuó D. Fernando su persecucion contra los Laras, y de tal modo los estrechó, que se obligaron á entregarle á D. Alfonso, bajo condicion de que el tio jurara solemnemente devolver á su sobrino cuando llegase á la mayor edad, el reino que administraba en su nombre. Todo se arregló fácilmente para la entrega; pero mas astutos los Laras, habiendo prorumpido en llanto el régio huérfano, le sacaron de la cámara; y entonces un hidalgo llamado Pedro Nuñez de Fuente Almexir, cubriéndole bajo su tabardo, y montando con él á caballo, salió de la poblacion conduciéndole rápidamente á la fortaleza de San Estéban de Gormaz. Perseguido aquí por D. Fernando, es trasladado á Atienza, de aquí á Segovia y de Segovia á Avila, cuyos caballeros formaron una muralla, que no pudo jamás romper la incontrastable fuerza del monarca le-

nés. No era Toledo de los pueblos en que menos parte tenian los Laras, y es muy cierto que mientras don Fernando se apoderaba de las mejores plazas de Castilla y D. Sancho de Navarra se paseaba por la Rioja, estalló en Toledo una conspiracion, á cuyo frente se encontraba D. Estéban Illan, descendiente de la noble y rica familia de los Toledos. Puesto este caudillo en secreta inteligencia con los guardadores del rey, hizoles que se le trajeran hasta Maqueda, desde donde una noche le trasladó á esta ciudad introduciéndole en la torre de San Roman, cerca de su morada. Al dia siguiente, avisados sus parciales, se izó en la torre el pendon real, asomóse el príncipe á una ventana y mostrándole al público, le aclamó á grandes voces diciendolo por tres veces: *Toledo, Toledo por Alfonso VIII de Castilla*. Rechazado y puesto en fuga Castro, fué el rey trasladado al alcázar y empezó á gobernar sus reinos por sí, aunque no se le juró como rey hasta que llegó á la edad marcada por su padre, ni se pusieron en sus manos las tenencias de los castillos y feudos por los caballeros que en su defecto los regian hasta las Córtes celebradas en Búrgos á principios de 1170. No entra en el plan de nuestra crónica relatar la série interminable de acciones que empieza en el sitio de Huete, media con la vergonzosa derrota de Alarcos y termina con el milagroso triunfo obtenido en las Navas de Tolosa, en cuya memorable accion y en el cuerpo mandado por el rey Alfonso marchaba la comunidad de Toledo, compuesta de los concejos de la provincia, y cuyo favorable éxito restituyó á Toledo la calma de que la privaron los preparativos de la guerra.

Con Enrique I, sucesor de Alfonso el Noble, empieza una série de soberanos que sin cuidarse mucho de su córte imperial, ó se distraen en frecuentes escursiones, ó se encariñan fijando su morada en otras poblaciones menos importantes. San Fernando, apenas desposado con doña Beatriz hija de Felipe, emperador electo de Alemania, vino á Toledo que á los dos años recogió cariñoso el primer fruto de sus amores, y en ella concertó por lo comun sus cruzadas, fundando su magnífica y suntuosa catedral, y ciñéndose la doble corona que Alfonso VII habia dividido entre sus dos hijos. Su hijo y sucesor Alfonso X reunió en Toledo congresos científicos, y en ella formó el mas grandioso monumento de la legislacion española: á su muerte subió al trono Sancho el IV apellidado el Bravo, en cuyo tiempo si se alcanzaron ventajas señaladas de los benimerines andaluces, disturbios y disensiones de todo género amargaron continuamente la vida de este soberano. En Talavera, por seguir la voz de los infantes de la Cerda, fueron descuartizados hasta 400 nobles y en Toledo tambien levantó cadalsos en los que perecieron, entre otros vecinos, el alcalde mayor Garcí Alvarez y su hermano Juan. Tres veces tan solo visitó su sucesor Fernando IV nuestra capital; una mientras niño en 1295 cuando la gran figura de su madre y tutora lo lleva á la catedral para su proclamacion; otra, cuando ya jóven vino á preparar sus expediciones á Algeciras y á colocar en mas honroso sepulcro los restos de su padre, y finalmente la tercera al morir el arzobispo Gudiel, para conferir esta dignidad á